ATENTADO

Amélie Nothomb

ATENTADO

Traducción de Mónica Boada
y Ana Mª Moix



CIRCE

Primera edición: Octubre, 1998
Tercera reimpresión: Abril, 2025
Segunda edición: Febrero, 2026
Título original: «*Attentat*»
© Éditions Albin Michel, S.A., 1997
© de la traducción: Mónica Boada y Ana Mª Moix, 1998
© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.L.U.
Avda. Roma, 157
08011 - Barcelona
Tel.: 93 204 09 90

ISBN: 978-84-7765-328-8

Depósito legal: B 2940-2026
Fotocomposición gama, sl
Maria Calvet, 11
08790 Gelida, Barcelona

Impreso en España

Derechos exclusivos de edición en español para España
y todos los países de habla castellana.

Diseño e ilustración de cubierta: Natàlia Pàmies

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada informáticamente o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la editora.

www.circeediciones.com
info@circeediciones.com
, @circe_ediciones
circe ediciones
@circe-ediciones

contra E.

La primera vez que me vi en un espejo, me reí: no creía que fuese yo. Ahora, cuando contemplo mi imagen, me río: sé que soy yo. Tanta fealdad tiene cierta gracia. Pronto me sacaron un mote. Debía de tener seis años el día en que un chaval, en el patio, me gritó: «¡Quasimodo!» Locos de alegría, los niños corearon: «¡Quasimodo! ¡Quasimodo!»

Sin embargo, ninguno de ellos había oído nunca hablar de Victor Hugo. Pero el nombre de Quasimodo resultaba tan adecuado para mí que bastaba oírlo para comprender.

Ya no me llamaron de otro modo.

A nadie debería estar permitido hablar de la belleza, excepto a los adefesios. Soy el ser más feo que he visto en mi vida: de ahí que me considere con derecho a hacerlo. Debido a tan alto privilegio, no lamento mi suerte.

Y, además, el hecho de ser horrible encierra cierta voluptuosidad. Por ejemplo, al callejear, nadie disfruta tanto como yo: escruto los rostros de los transeúntes, al acecho de ese instante sublime en que entraré en su campo de visión; adoro sus reacciones, adoro el terror de uno, la mueca asqueada de otro; adoro a

quien desvía la mirada, molesto; adoro la fascinación infantil de quienes no pueden apartar los ojos de mí.

Me gustaría gritarles: «¡Esto no es nada! ¡Sólo veis mi cara! ¡Si pudiérais contemplar mi cuerpo, veríais lo que es bueno!»

Respecto a la belleza, hay una cuestión poco clara: todo el mundo está de acuerdo en decir que el aspecto exterior tiene poca importancia, que lo que cuenta es el alma, etc. En cambio, se sigue encumbrando a las *stars* de la apariencia y relegando al pozo del olvido a caras como la mía.

O sea: la gente miente. Me pregunto si miente a conciencia. Eso es lo que me crispa: la idea de que la gente mienta sin saberlo.

Tengo ganas de espetarles a la cara: «Jugad a los espíritus puros, si se os antoja. Seguid afirmando que no juzgáis a la gente por su aspecto, si eso os divierte. ¡Pero no os engañéis!»

Mi cara parece una oreja. Es cóncava, con absurdas tumefacciones cartilaginosas que, en el mejor de los casos, corresponden a zonas en las que se espera encontrar una nariz o un arco superciliar; pero que, a menudo, no corresponden a ningún relieve facial conocido.

En lugar de ojos, dispongo de dos ojales flácidos que supuran continuamente. El blanco de mis globos oculares está inyectado en sangre, como el de los malvados que aparecen en la literatura maoísta. Y contienen unas pupilas grisáceas, como peces muertos.

Mis greñas recuerdan esas alfombras acrílicas que parecen sucias incluso cuando están recién lavadas. Me afeitaría el cráneo, pero lo tengo cubierto por un eczema.

Guiado por la piedad hacia quienes me rodean,

decidí llevar barba y bigote. Renuncié, pues dicho recurso no servía, no bastaba para ocultarme lo suficiente a ojos del prójimo: en realidad, para quedar presentable, hubiera sido necesario que la barba me creciera también en la frente y en la nariz.

En cuanto a mi expresión, en caso de tenerla, me remito a Hugo cuando habla del jorobado de Notre-Dame: «La mueca era su rostro.»

Me llamo Epiphane Otos; sí, Otos, como los ascensores, pero no existe ninguna relación. Nací el día de los Reyes Magos: mis padres no lograban decidirse entre Melchor, Gaspar y Baltasar. Así pues, optaron por el nombre que llevo, que consideraron la suma de los otros tres.

Ahora que soy adulto, la gente considera decente respetarme. Pero eso no impide que se vea obligada a hacer un esfuerzo enorme para llamarme Epiphane.

Soy delgado, característica que puede resultar estética en un hombre; pero mi delgadez es ruin.

Cristo en la cruz, con el vientre hundido y las costillas visibles, tiene una cierta apostura. La mayor parte de los hombres descarnados parecen bicicletas, y eso es bonito.

Yo más bien parezco un neumático pinchado. Tengo demasiada piel, como los perros sharpeïs. Mi débil osamenta y mi pobre carne flotan dentro de esta vestimenta que, mal rellenada, no puede sino colgar ridículamente.

He intentado llevar prendas ceñidas con intención de que desempeñaran la función a la que mi epidermis había renunciado: era atroz. Mi fofa envoltura formaba pliegues, como rodetes, y yo parecía frágil y, a la vez, gordo.

Por consiguiente, me visto demasiado holgadamente: así, parezco esquelético, lo que no me repugna. Algunas personas bien intencionadas se empeñan en aconsejarme:

–Debería usted alimentarse más.

–¿Por qué? ¿Quiere que mi fealdad ocupe más espacio?

No me gusta que se preocupen por mí.

Respecto a Quasimodo, hay una cuestión con la que la gente traga erróneamente: los lectores no pueden evitar quererle, el pobre es tan horrible que les inspira piedad, es la víctima nata.

Cuando se enamora de Esmeralda, los lectores sienten deseos de decirle a gritos: «¡Ámale! ¡Es tan tierno! ¡No te fijes sólo en su aspecto exterior!»

Todo eso es muy bonito; pero ¿por qué esperar que Esmeralda sea más justa que Quasimodo? ¿Qué ha hecho él sino fijarse en el aspecto exterior de la criatura? Se supone que debería demostrarnos la superioridad de la belleza interior respecto a la belleza visible. En tal caso, Quasimodo debería enamorarse de una vieja desdentada: entonces, sí sería creíble.

En cambio, la elegida de su corazón es una soberbia gitana de quien resulta demasiado fácil encandilarse. ¿Quieren, así, convencernos de que ese jorobado posee un alma pura?

Yo afirmo que tiene un alma vil y corrompida. Sé de qué hablo: Quasimodo soy yo.

Mi rostro se ahorró el acné. El acné, como una plaga de saltamontes, se concentró en la parte superior de mi espalda.

Ahí está mi milagro, mi íntima felicidad, el objeto de mi incomprensible dilección: llevo todo el horror